

El pasado domingo, día 4 del presente mes, apareció muerto, en su piso de la calle de la Presa, Santiago FM. Este jubilado, de 72 años, había alcanzado cierta notoriedad entre los vecinos de San Fernando por negarse a abandonar su vivienda, una de las afectadas por la construcción de la línea 7B de Metro, y declarada en ruina hace unas semanas por los técnicos del Consistorio.

El informe preliminar del médico forense refiere "muerte natural por accidente isquémico cerebral". Vecinos y conocidos del barrio confirman que Santiago "padecía del corazón", desde hace tiempo. Vivía solo, al quedar viudo hace apenas un año, y tener los hijos viviendo fuera del país. Han sido los vecinos, quienes han dado la voz de alerta ante la Policía Local, preocupados porque no recogía las bolsas que vecinos y amigos dejaban en el portal o ante la puerta de su casa, porque Santiago se negaba a dejar su vivienda, y permanecía atrincherado en ella, mientras la Administración no le asegurara un piso en el mismo barrio donde había vivido desde que llegó a San Fernando, allá por los años 70 del pasado siglo. Aún a riesgo de que el inmueble se le viniera encima, este antiguo trabajador de la Pegaso se mantuvo firme en su lucha contra la Comunidad de Madrid, responsable última de los daños ocasionados en más de 200 viviendas, por la acelerada construcción del metro en el año 2007.

Hace seis meses, cuando el Consejero de Transportes de la Comunidad de Madrid recibió a un grupo de vecinos sanfernandinos afectados por daños en sus viviendas, Santiago nos facilitó unas notas, que a modo de diario, iba tomando desde que empezaron a surgir los daños de las viviendas, y que ahora reproducimos:

"Desciende desde lo alto del techo, la grieta, fina y larga. Una novedad, que pronto se hizo costumbre. Al igual que las vibraciones fueron sorpresa, y pronto entraron a formar parte de la rutina diaria: el tintineo de las copas del ajuar, o la ligera caída de los cuadros, tras esos pequeños seísmos de cada día.

Pero la grieta se amplía, gana anchura, crece en longitud. Pronto se hace hendedura, o hendidura, dicen los académicos que tanto monta.

La curiosidad se convierte en preocupación, inquietud y desasosiego, porque nuevas aberturas surgen en distintos tabiques. Pregunto a los vecinos, quienes me confirman que también en sus casas han aparecido grietas, y que estas crecen con el paso de los días. Los muros de la escalera y del portal aparecen decorados con quebraduras. Es como una epidemia: fisuras, rendijas, rajaduras, resquebraaduras y resquebrajaduras, se enseñorean en todas las paredes del inmueble: hasta la fachada presenta quiebras.

Los vecinos van abandonando sus viviendas, buscando cobijo con parientes o amigos, en pisos perdidos en polígonos industriales que ofrece la Comunidad, o en los pisos de los hijos.

He decidido que de mi casa me sacarán “con los pies por delante”. Si me voy me sentiré perdido, perdido sin mi piso, sin mi casa, sin el hogar que compartí con Manuela, y donde criamos a nuestra hija, a nuestro hijo. Si abandono estas cuatro paredes, mi vida estará perdida.

Vuelvo a mirar la grieta, la primera fisura, donde ya asoma el ladrillo, entre la pintura y el yeso, como una brecha abierta, sin puntos de sutura, sangrante, por donde se me escapa la vida.....”

El Plumilla del Jarama

para “*Los Ecos de la Real Fábrica*”